PODER MEDIÁTICO Y AUTORIDAD LINGÜÍSTICA: USO Y ABUSO DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN COMO RECURSO PARA LA ENSEÑANZA DEL ESPAÑOL COMO LENGUA EXTRANJERA

Humberto Hernández

Universidad de La Laguna

1. PALABRAS PRELIMINARES

Aunque estoy muy agradecido y satisfecho por haber sido invitado para impartir esta segunda conferencia plenaria, les confieso que en un principio acepté el encargo con cierta preocupación, no sólo por la responsabilidad que implica el académico compromiso sino por la sospecha de no encontrar un tema novedoso por el que pudiera valer la pena reunir aquí al pleno de este XIV Congreso de ASELE. Si a esto añadimos ahora el prestigio de la profesora Romero Gualda, ponente de la plenaria anterior, la de los ilustres colegas que van a intervenir en las mesas redondas, y la de todos ustedes, comprenderán que no resultaba difícil que mi preocupación se convirtiera en desasosiego.

Porque no es fácil que alguien que ha participado en la mayor parte de los congresos de esta emergente sociedad pueda captar la atención y el interés de una audiencia que ya me conoce y que puede intuir cuáles serán los derroteros por los que discurrirá mi intervención; sin embargo, consciente de que las ciencias no progresan a golpe de inspiración, sino por el tesón y la constancia de quienes nos empeñamos en su avance, acepté, aun a riesgo de no ser demasiado original, este encargo que me honra.

Trataré, pues, de relacionar las cuestiones que se anuncian en el título de la conferencia: la considerada tradicionalmente "autoridad lingüística" con la creciente influencia y consiguiente dominio de la lengua de la prensa, la radio y la televisión. Y, como no me quedará más remedio que echar mano, en ocasiones, de abstractas cuestiones lingüísticas, procuraré compensar su intrínseca aridez con la exposición de otras más amenas de este complejo y apasionante mundo de los medios de comunicación social.

2. PODER MEDIÁTICO Y AUTORIDAD LINGÜÍSTICA

Como podrán imaginar, no voy a empezar esta intervención con lucubraciones acerca de una realidad de sobra conocida como es la del poder de los medios de comunicación social; aunque, quizás, cabría plantear, como motivo de reflexión inicial, la cuestión de hasta qué punto este poder mediático, denominado hasta ahora "cuarto poder", no está ocupando en este *ranking* el segundo lugar (Cfr. Ramonet, 2002: 34), después del "poder económico" cuyo liderazgo parece indiscutible. Ambos han conseguido desplazar al "poder político" al tercer puesto, y esta nueva distribución de poderes influye de forma decisiva en la conformación sociocultural de la realidad circundante. Hay ocasiones incluso en las que parece que domina el poder mediático sobre el económico y el político, y otras en las que no se perciben las separaciones entre estos tres poderes. Se presentan, en estos casos, concentrados en una misma persona o en un mismo grupo de influencia.

Siendo así, no es de extrañar que el poder de los medios se deje sentir en los pragmáticos aspectos de la política y de la economía; pero su influencia puede alcanzar a otras facetas de la vida, llegar a los lugares más recónditos del espíritu y alterar la correcta percepción de la realidad y de los valores éticos y estéticos. Naturalmente, la Lengua no queda fuera de su dominio.

Hace tiempo que se viene detectando esta tendencia que reconoce al uso lingüístico mediático un papel —o poder— normalizador que hasta el momento ostentaban sólo los escritores relevantes, o, en su lugar, la Real Academia Española. Por eso Fernando Lázaro (1992: 14-15) en su discurso de toma de posesión como Director de la institución reconocía la progresiva pérdida de la autoridad académica:

> Apelando a una dicotomía clásica —decía—, se puede afirmar que poseemos la autoridad, pero no el poder. El cual pertenece sin duda a los medios de comunicación y, de modo menos directamente influyente pero más decisivo, al sistema docente.

Y más adelante hacía la siguiente recomendación:

> Sería de extremada utilidad la constitución de un órgano mixto de académicos y de comunicadores representativos del mayor número posible de asociaciones profesionales, que tomara decisiones apenas una novedad útil o innecesaria hace su aparición en el idioma, para recomendar su aceptación o su rechazo uniformes, siquiera de forma provisional en tanto la Academia adoptara una última resolución.

Nunca se constituyeron órganos de este tipo pero sí se nombraron académicos a profesionales de los medios de comunicación. La propia institución concedió una gran importancia a las manifestaciones lingüísticas mediáticas atribuyendo un alto grado de representatividad a los textos periodísticos. Esto explica el elevado número de textos de esta procedencia en una base de datos lingüística tan importante como el académico Corpus de Referencia del Español Actual (conocido por las siglas CREA).

Frente a lo que ocurría no hace mucho tiempo, hoy existe cierto consenso a la hora de reconocer las manifestaciones lingüísticas de la prensa como muestras representativas de la realidad sincrónica de la lengua. Manuel Seco (2000), por ejemplo, entiende que los periodistas son el espejo del idioma, pues "la mayor parte de lo que escriben [...] refleja la lengua que circula a su alrededor, son mensajeros de la lengua real. Dicen cosas que están en boca de la gente y lo único que hacen es reflejar lo que se usa".

Otros, incluso, le otorgan mayor consideración, porque "los medios de comunicación contribuyen a favorecer la cohesión de la lengua y no a propiciar su disgregación, lo que es fundamental. Pero es que además [...] en las páginas de los periódicos de España y América puede leerse la mejor prosa castellana que hoy se produce y que en ellos colaboran y se hacen accesibles a públicos muy amplios los más celebrados escritores de acá y de allá" (Salvador, 1999).

3. LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN COMO FUENTE DE DOCUMENTACIÓN

Por todo esto los estudiosos de la lengua consideran hoy las manifestaciones orales y escritas generadas por la prensa, la radio y la televisión muestras de inestimable valor para llevar a cabo sus indagaciones sobre cuestiones fónicas, morfosintácticas y léxicas y para elaborar los trabajos de referencia –ortografías, gramáticas y

diccionarios– que habrá que poner a disposición de los usuarios del idioma. Manuel Alvar Ezquerra (1998: 40) afirma al respecto:

> El lenguaje periodístico escrito es una rica fuente no sólo de ejemplos con los que ilustrar los procesos de formación e incorporación de palabras en la lengua, sino también para tomar el pulso de la vitalidad de ésta, para conocer la capacidad que posee para soportar la llegada de extranjerismos, y su potencialidad creadora, que hacen que siga viva, produciendo novedades a cada instante.

La valoración de estas manifestaciones es tal que se ha llegado al extremo de utilizar los medios de comunicación como única fuente de documentación. En Lexicografía, por ejemplo, la tendencia ha ido en este sentido: los últimos diccionarios se nutren fundamentalmente de estas fuentes mediáticas.

Y como los repertorios léxicos son obras de prestigio reconocido e indiscutible a las que los usuarios atribuyen toda la autoridad de la norma culta y en las que consideran que se plasma la realidad de la lengua, podría ser ilustrativo observar cómo ha evolucionado la Lexicografía en relación con sus fuentes en las diferentes etapas de su historia

Inicialmente, contaron los lexicógrafos con las fuentes literarias; así, en el Prólogo del *Diccionario de Autoridades* (1726), puede leerse:

> Como basa y fundamento de este Diccionario, se han puesto los autores que ha parecido a la Academia han tratado la Lengua española con la mayor propiedad y elegancia: conociéndose por ellos su buen juicio, claridad y proporción, con cuyas autoridades están afianzadas las voces, y aun algunas, que por no practicadas se ignora la noticia de ellas, y las que no están en uso, pues aunque son propias de la Lengua Española, el olvido y mudanza de términos y voces, con la variedad de los tiempos, las ha hecho ya incultas y despreciables: como igualmente ha sucedido en las lenguas toscana y francesa, que cada día se han pulido y perfeccionado más (...) [1].

Prioridad, pues, de la lengua literaria, con inclusión de la lírica, frente al resto de los usos. Fuentes que predominarán durante mucho tiempo de forma directa o indirecta, ya que la mayoría de los diccionarios que se elaborarían posteriormente reconocerían como punto de partida a los diccionarios existentes, sobre todo a los académicos, descendientes, como es lógico suponer, del *Diccionario de Autoridades.*

[1] Se han actualizado la ortografía y algunas variantes de ciertas voces.

Surge en los últimos tiempos la preocupación por realizar obras de nueva planta que, concediendo el justo valor al peso de la tradición, van a considerar otras manifestaciones lingüísticas no literarias como fuentes documentales para la elaboración de los nuevos diccionarios.

Pocos datos poseemos de los criterios adoptados para seleccionar las fuentes documentales lexicográficas, porque poco nos decían sus autores. María Moliner, por ejemplo, sólo nos informaba de que su *Diccionario* (DUE-1ªed.: XXXIII),

> dejando aparte las obras de consulta empleadas esporádicamente, cuya relación completa sería muy difícil de hacer y carecería de interés, se basa fundamentalmente en el «Diccionario de la Lengua española» de la Real Academia española […], seguido paso a paso en la redacción de los artículos, si bien refundiendo y reorganizando las acepciones.

Sin embargo, sabemos –como puede deducirse de la consulta de la propia obra– que contaba con fuentes procedentes de los medios de comunicación, porque ya publicada la primera edición hacía las siguientes declaraciones a la prensa (DUE-2ª: XIII)[2]:

> Después de publicado [el *DUE*], yo sigo trabajando en él. En un diccionario no se puede dejar de trabajar. Constantemente estoy viendo en los periódicos o en las novelas expresiones que anoto para incluirlas. Ya tengo una gran colección de adiciones. Si no me muriera, seguiría haciendo adiciones al diccionario.

En el *Diccionario del español actual* (DEA, 1999: 13-14) de Manuel Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos se nos informa con detalle sobre la procedencia de las fuentes. Y vale la pena reflexionar sobre las razones aducidas por las que se hizo esa selección documental porque constituyen una propuesta bien justificada que habrá de ser tenida en cuenta por la lexicografía y en la enseñanza:

> A diferencia de la que ha sido práctica habitual en los grandes diccionarios generales documentados de otras lenguas, que se han apoyado abrumadoramente en los testimonios literarios, el nuestro, sin dejar de reconocer el peso de la literatura en la cultura y en la lengua de toda comunidad hablante, presta la debida atención a otros factores de no menor significación en cuanto vehículos y a la vez índices de la vida lingüística de esa sociedad. No hay que perder de vista que en un diccionario las fuentes documentales, literarias o no literarias, no han de intervenir sino como espejo de la *lengua*, es decir, como imagen real del sistema general que permite comunicarse entre sí a unos hablantes con otros. Esto explica que, en lo que a la literatura se refiere, se haya atendido aquí preferentemente a sus manifestaciones más "sociales" –-narrativa, teatro—y, por el contrario, se haya prescindido de las más "individuales " –poesía--.

[2] Estas palabras que aparecen en las páginas preliminares de la 2ª edición bajo el epígrafe "La nueva edición del *DUE*", se publicaron en el *ABC* el 25 de junio de 1972.

> Los libros que suministraron la documentación en que se funda este diccionario, aparte de los literarios, son los de carácter didáctico y práctico. [...]
>
> La otra gran fuente de documentación es la prensa, por el lugar central que ocupa en la vida de la sociedad. Un 70% aproximado de los ficheros se ha nutrido de esta fuente. Dentro de ella, se prestó particular atención a los diarios nacionales y a las revistas de información general, aunque sin omitir una sensible presencia de los periódicos regionales y una cierta representación de publicaciones especializadas.

Presencia mayoritaria de documentación periodística y argumentada exclusión de textos orales y líricos, son los criterios adoptados para seleccionar las fuentes de este diccionario descriptivo, sincrónico y del español de España, referente ineludible de la lexicografía española actual.

Encontramos, por último, algunos tipos de diccionarios —de gran utilidad, por cierto, para los estudiantes extranjeros— que utilizan exclusivamente fuentes periodísticas; me refiero a los denominados diccionarios de neologismos, como son, entre otros, el *Diccionario de voces de uso actual* (Alvar Ezquerra, 1994) y el *Nuevo diccionario de anglicismo*s (1997)

La variable consideración de fuentes documentales de diferente índole obedece, fundamentalmente, a diferentes concepciones de la normatividad. Desde el siglo XVI la normatividad proponía tomar como punto de partida el uso de los buenos escritores, como correspondía a la idea general de la lengua en el humanismo; y en el XVII, hasta el *Diccionario de Autoridades*, los diccionarios eran, más que verdaderas obras de consulta, catálogos simbólicos representativos de la calidad del vocabulario literario (Cfr. Lara, 1997: 42-46). Es en el siglo XIX cuando el diccionario cambia su concepción simbólica por su valor de herramienta, pues el lexicógrafo, que es un historiador y no un crítico, debe "recolectar y ordenar todas las palabras, buenas o malas, se ajusten o no a su juicio" (Lara, 1997: 76).

Sin embargo, empiezan a oírse voces críticas en relación con la excesiva valoración que se le conceden a las fuentes mediáticas. Por esta razón, se ha criticado la última edición del *Diccionario* académico, como hace Álex Grijelmo (2002):

> El nuevo léxico de la Academia ha cambiado el enfoque que presidió los anteriores: ya no parece un diccionario normativo, sino un diccionario de uso. Pero no del uso que se hace del idioma en las cantinas, en los mercados…, sino del uso en los medios de comunicación, cada vez más plano y triste. Ésta ya no es la evolución dictada por el pueblo.

Alude más adelante a las numerosas voces y acepciones exclusivas de lo que podríamos denominar jerga periodística ("las que sólo se oyen en boca de publicistas, políticos y periodistas"), pero que no son de uso normal. Así, por ejemplo, fuera del uso mediático apenas se utiliza la locución *a bordo de* para referirse a "en el interior de un coche"("Los terroristas huyeron a borde de un Ford Fiesta"), ni *posicionar* por *decidir*, *opinar*, *decantarse* ("El presidente invitó a su interlocutor a que se posicionara"), ni *inmueble* con el sentido de 'casa' ("Resultaron afectados numerosos inmuebles"; "Tras la explosión, la policía advirtió a los vecinos de que no salieran de sus inmuebles"). Y muchos de estos usos exclusivos de la jerga periodística aparecen en los diccionarios sin marcas que los caractericen, lo que no deja de ser una visión engañosa de la realidad de la lengua..

De registrar usos como estos habría que indicar que son propios de la lengua de los medios. Pero no sucede así, de hecho no se reconoce la existencia de esta modalidad lingüística mediática que ya posee un buen número de rasgos caracterizadores. En el terreno del léxico hay otros muchos rasgos que han llegado a los medios procedentes, tal vez, de la jerga jurídico-administrativa: "el *presunto* agredido" (refiriéndose a quien, efectivamente, ha sufrido las heridas de un agresor), "El *malogrado* escritor" (para aludir a un longevo autor que acaba de fallecer), uso inapropiado del anafórico *el mismo* ("en el accidente fallecieron el matrimonio y los hijos del mismo")[3], y otras muchas desviaciones alejadas de los modelos que caracterizan la norma culta.

Así, pues, sin rechazar la conveniencia de usar fuentes periodísticas para la investigación y en la enseñanza sí habría que introducir algunas matizaciones. Distinguir siempre entre lo que hay que entender como uso general o estándar de lo que

[3] Sólo en el *Diccionario del español actual* se incluye la abreviatura *Per* (= periodismo), pero no es marca diafásica o indicativa de un lenguaje sectorial, sino diatécnica, como lo es *Ling* o *Med*, que acompaña a voces como, por ejemplo, *entradilla* ("Primer párrafo de una información, a veces impreso en tipografía destacada"); aunque en otros casos la marca aparece como una acotación; así, por ejemplo, bajo *crónica* (2ªac.) puede leerse "*En un periódico u otro medio de comunicación:* Sección dedicada a la información [sobre una materia (*compl especificador*)]".

tiene alguna restricción por ser propio de la jerga periodística; y, no contribuir a promover el uso de voces o acepciones que pudieran inducir a cualquier tipo de discriminación, o a ocultar deliberadamente por medio del eufemismo realidades que deberían denunciarse ("incursión aérea", "daños colaterales"…).

4. LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y LA ENSEÑANZA DE LA LENGUA

La relación de los medios de comunicación y la enseñanza se ha movido entre dos extremos: la calificación de los medios como perversos por sí mismos o la aceptación ciega y acrítica del modo de producción comunicativo. Hoy, lo mismo que ocurre en la investigación lingüística, se tiende al aprovechamiento de los medios como recurso que facilite un aprendizaje lo más parecido posible con la adquisición natural de una segunda lengua. Una de ellas, es la que defiende la aproximación de "la situación artificial de la adquisición de la lengua segunda, en un contexto escolar, a las condiciones de adquisición de una lengua segunda en un medio natural.[...] Se pone el énfasis en las motivaciones que llevan al sujeto hacia la adquisición de otra lengua distinta de la suya y sobre los fenómenos de contacto que presupone todo bilingüismo, aun en estado inicial.[...] Una segunda orientación consiste en restaurar una jerarquía de valores en el punto de vista pedagógico, que subordine la lengua a la civilización. El profesor de lengua trueca el uniforme del lingüista por el del etnólogo o el del antropólogo, donde luzcan también las atractivas insignias de todas las jóvenes ciencias de la comunicación"(Bouton, 1982: 155-156).

De igual modo, en estos asuntos didácticos comparto el parecer de Jean-Paul Vinay:

> No es inútil subrayar que en materia de lenguas vivas, aun más quizá que en cualquier otra disciplina, el éxito es el único criterio para juzgar la excelencia de un método. Sería ridículo querer aplicar métodos psicológicamente correctos, utilizar vocabularios estadísticamente probables y basarse en buenas descripciones científicas, si los alumnos, una vez terminados sus estudios, no saben nada. Lo único que cuenta en materia de pedagogía es el resultado. [...] Es posible que en ciertos casos sean preferibles los métodos analíticos y que en otros haya que preferir los globales. Deben evitarse, pues, todos los dogmatismos, por ser poco realistas, en materia de pedagogía de

> las lenguas vivas, aun cuando sea posible ponerse de acuerdo respecto de los postulados de partida y utilizar los materiales preparados a propósito por los lingüistas (Vinay, 1976: 125-126).

Sin embargo, a pesar de las ventajas que supone utilizar los medios como recurso, conviene proceder con cautela, tanto en lo relativo a los contenidos (pues la realidad puede ser manipulada) como en lo que concierne a la expresión (entre otros peligros, el de evitar el contagio con la jerga periodística).

Sin ánimo de cargar las tintas en los aspectos negativos, hemos de ser conscientes de que "las incorrecciones de quienes por oficio hablan o escriben para un público casi siempre indefenso se difunden con rapidez y arraigan en los oyentes o lectores para los que esos profesionales debieran ser modelos. Y tales incorrecciones se producen, con frecuencia lamentable, en varios aspectos: propagación de expresiones impropias, sobre todo anglicistas; uso de solecismos o construcciones inadecuadas, confusiones semánticas o del significado, y hasta pronunciaciones defectuosas" (García Yebra, 2003: 15-16).

Grave irresponsabilidad la de los medios —y profesionales— que descuidan estos aspectos formales y de contenido por entender torpemente que la transmisión de la información, o de la opinión, puede hacerse al margen de la correcta elaboración de los mensajes. Los medios actúan a veces como modelos negativos, y, es por esa razón, por la que es preciso ser conscientes de esta realidad para evitar estos efectos, como los que, en el terreno de la acentuación, puede producir la reiterada emisión del mensaje "Hay una carta para *tí*" (con tilde), título de un programa de televisión de gran audiencia, o la chocante insistencia de la voz *luminotécnia*, con tilde también en la e, en los créditos de un programa de carácter lingüístico, el único serio que por ahora se emite.

Difícil es hacer valer nuestro criterio —que no habrá de ser otro que el de la norma culta— cuando proponemos una y mil veces la proscripción del laísmo, pero leemos en textos periodísticos de ilustres plumas frases como "Fíjate si *la* tengo ley a Fulana" o "Ayer la llamo y *la* digo" (Elvira Lindo, 27-VIII-03). O, cuando después de advertir que las locuciones latinas son unidades completamente inmutables y que, en

ningún caso, cabe hacer modificaciones o adaptaciones, leemos, escrito también por prestigiosos columnistas, "*de motu propio" en vez de "motu proprio" ("quizá tenga usted tan interiorizada la predisposisición satanizadora de su jefe que le saliera de motu propio [Juan José Millás, 15-VIII-03]), e "illo tempore" en vez de "in illo témpore" ("Es verdad que *illo tempore* yo compartía mis polos con Chiquitín [Elvira Lindo, 25-VIII-03].

Como han hecho otros colegas, también he dedicado algún tiempo al análisis del español de los medios de comunicación, concretamente en los medios canarios, y estas indagaciones me permiten ofrecer algunas conclusiones que pueden tener interés:

1. La acentuación es deficiente en algunos medios, y estas deficiencias afectan a todos los tipos acentuales de palabras, aunque los errores más comunes están relacionados con las que contienen hiatos y diptongos, con los adverbios en -mente y otras palabras compuestas y con la tilde diacrítica. (**dieciseis*, **construido*, **agilmente*)
2. Se observan muchos problemas con las grafías que representan a los fonemas velares /g/ y /x/. Como consecuencia, se detectan frecuentes errores relacionados con el uso de la diéresis y con el dígrafo *gu*.(**cogo*, **recojen*, **conyugue*).
3. Revelan un gran desconocimiento de la gramática elemental los errores que se cometen por no saber identificar los elementos que conforman una o varias palabras, como son los casos de *por + que, si + no* y *con + que* (**el por qué del apego al poder*)
4. Las faltas de concordancia son muy frecuentes: entre sujeto y verbo de la oración principal, entre relativo y verbo en oraciones subordinadas adjetivas, y en la concordancia con los colectivos —concordancia *ad sensum*—, para la que no se siguen criterios homogéneos.
5. La norma que regula la concordancia entre los artículos y los sustantivos femeninos que empiezan por *a-* (*ha-*) tónica suele extrapolarse a todos los determinantes y a todos los contextos (**este área*, **el mismo agua*).
6. El distributivo *sendos*, que significa 'uno a cada uno', suele usarse con el valor de 'dos' o de 'ambos' (**había sendas manchas de sangre en su camisa*). Se registran también

casos de posesivos que acompañan a algunos adverbios (**detrás suyo, *delante nuestro*).

7. El verbo es la categoría gramatical que presenta más anomalías: vulgarismos verbales (**producieron*), conjugaciones incorrectas (**preveen*, **satisfaciera*), etc.
8. Aparece en numerosas ocasiones el infinitivo de generalización o infinitivo introductor ("*Terminar diciendo que..."), presente, hasta ahora, en los medios orales.
9. Frente a la tendencia impersonalizadora del infinitivo de generalización, se observa el frecuente uso personal del verbo haber (**habían muchas personas*), de los núcleos verbales de oraciones impersonales con *se* (**se detuvieron a unos encapuchados*) y de la construcción impersonal *tratarse de* (**la víctima se trata de...*).
10. Se observa un enorme descuido con los regímenes preposicionales: uso innecesario de *de* ante *que*, uso de *de* en locuciones latinas y supresiones indebidas de esta y otras preposiciones. Si bien es posible notar cierto descenso del dequeísmo, hay un aumento alarmante de las construcciones anómalas contrarias (*Estoy seguro que..., *Fulano debe ser consciente que...).
11. Un problema generalizado es el tratamiento de una cuestión tan delicada como la reproducción del discurso. Se confunden estilo directo y estilo indirecto y aparecen recursos híbridos que atentan contra la veracidad y el rigor de la noticia. (**Fulano asegura que Mengano "cuenta con todo mi apoyo"*).
12. La situación del léxico en algunos medios deja mucho que desear. Aunque podrían justificarse algunos neologismos que parecen necesarios, existe un buen número de voces absolutamente innecesarias, presencia exagerada de extranjerismos y muchas impropiedades léxicas (*contemplar, cuestionar, efecto + nombre, prácticamente, malogrado, presunto*, etc.).

Estas conclusiones, como las obtenidas en trabajos similares, revelan la escasa responsabilidad lingüística de algunos medios y profesionales de la comunicación. Por eso afirma A. Márquez Rodríguez (2001) lo siguiente:

> [...] son los propios medios de comunicación los que deben cuidar su lenguaje, conscientes de que su carácter de servicio público obliga a sus directivos y a quienes en ellos laboran, a emplear un lenguaje adecuado, bien construido, escrito y hablado con propiedad y sindéresis. Esto se inscribe tanto dentro de la responsabilidad del medio en relación con la cultura nacional, en la que el idioma es fundamental, como de la función pedagógica que todos los medios de comunicación,

> quiéranlo o no, deben cumplir ante el público. Piénsese que el periódico es la única lectura de que muchísima gente dispondrá en toda su vida, y que con la radio y la televisión serán la única fuente de información y de esparcimiento a que tendrán acceso. Ello plantea un problema ético en la relación de los medios con el público, porque a través de un mal uso del lenguaje pueden causar en la población daños irreparables, al contribuir al deterioro del idioma. Lo que se lee en los periódicos y lo que se oye por radio o televisión goza de un gran prestigio, merecido o no, pero determinante de que la mayoría de los lectores u oyentes den por bien dicho lo que a través de ellos leen u oyen.

Pero, a pesar de las muchas deficiencias, como hemos visto, son numerosos los beneficios que pueden obtenerse, como su indiscutible contribución a la unidad del idioma; sin embargo, no podemos proponer o esperar del poder mediático, por mucho que la comunicación masiva promueva la convergencia lingüística y limite los usos divergentes, una homogeneización que desemboque en el denominado *español neutro*, útil, sin duda, desde el punto de vista comercial y para determinadas finalidades mediáticas (emisión de programas informativos y documentales), pero empobrecedor por la excesiva simplificación que supondría la supresión de la diversidad que refleja la riqueza cultural de los grupos humanos que utilizan nuestro idioma.

Pero, sí favorecen los medios el conocimiento de las distintas variedades de la lengua, debido a su gran poder de difusión y penetración. “Los medios no tienen por qué usar un lenguaje limitado o empobrecido. El español de todos [...] debe nutrirse de los usos nacionales y regionales. Pidamos a los medios —dice Raúl Ávila— que los difundan y que, si es necesario, los expliquen. De esta manera se mantendrá la unidad pero se evitará la uniformidad. Así nos enriqueceremos todos con las palabras de todos” (Ávila, s.f.).

En ocasiones, la difusión de otras modalidades dialectales lleva aparejada consideraciones de política lingüística, como la de tratar de poner en su justo lugar variedades geográficas del español, cuya desequilibrada consideración --favorecedora siempre de la modalidad septentrional-- constituía uno de los lastres más pesados y difíciles de eliminar de los hábitos docentes de los profesores ubicados en el seno de hablas meridionales. Escuchen algunos párrafos de esta columna de Manuel Vicent (1998) titulada “El idioma” en la que pondera el modo de hablar de Centroamérica:

> Desde el fondo de su miseria les hemos oído hablar. Son indios analfabetos, niños famélicos, ancianas depauperadas, obreros esclavizados, esas gentes latinoamericanas que emergen sus rostros en las pantallas sólo después de las catástrofes y que a la hora de manifestar sus sentimientos utilizan un castellano impecable con las palabras adecuadas a cada matiz de su emoción. Es de admirar hasta qué punto un idioma que se mantiene incontaminado, más allá de la cultura, sirve para estructurar de forma muy rigurosa el pensamiento. Les hemos oído hablar en plena agonía con expresiones profundas y sencillas, perfectamente atemperadas a su desdicha o a la muerte inminente que esperaban.
>
> No sé si el castellano, entre todas las lenguas del mundo, es la más propicia para formular la resignación ante el infortunio, pero en medio del cataclismo de Centroamérica hemos podido comtemplar, cómo un indio con su hijo muerto en brazos o una vieja mulata sentada en el suelo de su chabola desaparecida, o un niño que buscaba a sus padres dentro del lodazal, exponían semejante tragedia con las palabras más someras y precisas que corresponden a la dignidad de un idioma. Esto no es una lección para lingüistas, aunque sea una demostración de que los vocablos limpios son semillas de ideas puras. Baste comparar el rigor de ese castellano hablado por cualquier indio americano con la garrulería cateta con que se expresa la mayoría de la gente en España cuando le ponen un micrófono delante. [...].

Y termina:

> Tal vez algún viejo marinero, algún pastor o labrador perdido en el fondo de un valle conserven en nuestro país todavía ese modo de hablar esencial, pero nada indica tan claramente la decadencia de una sociedad o la indignidad de una persona como la vulgaridad chabacana a la hora de expresarse. Aparte de la lección ante la tragedia, de la catástrofe de Centroamérica, muchos hemos aprendido la disciplina de un idioma. Ha sido un gran ejemplo oír a gente analfabeta que hablaba con un sonido de Fray Luis de León en medio del barro.

También encontramos en la prensa excelentes muestras de variados sociolectos y registros, tan vivos como escasamente documentados. Para no acudir a ejemplos más alejados en el tiempo y en el espacio, traigamos los artículos de Elvira Lindo de su serie "Tinto de verano".

Centrémonos exclusivamente en voces y expresiones jergales. El adjetivo *chungo*, por ejemplo, con el sentido de 'difícil, enrevesado' ("entre el padre y el hijo me han hecho pasar experiencias *muy chungas*" [24-VIII-03]). El sustantivo *careto*, sinónimo coloquial de 'cara' ("Ahí me tuvo esperándole, humillada, con un *careto* hasta el suelo" [29-VIII-03]). Los verbos *cagarse* con el sentido de 'asustarse' ("Dicho esto me miró con unos ojos que *casi me cago*" [22-VIII-03]) y *mearse* con el valor de 'reírse mucho' ("Vamos, si a mí me dicen que ese individuo era mi marido (...) es que *me meo*" [29-VIII-03]).

Expresiones adverbiales como *a todo trapo* 'muy deprisa, muy alto' ("me llevó a un asador que hay por aquí (...) y allí estaba la tele *a todo trapo*" [17-VIII-03]). Y

numerosas locuciones verbales: *dar por el saco a alguien* con el significado de 'fastidiar' ("porque las madres querían lo mejor para nosotros y a los otros niños que *les dieran por saco*" [13-VIII-03]); *perder el culo por algo* 'gustar mucho, privarse por conseguirlo'("nos calzamos prestos nuestras bermudas (...) y *perdemos el culo* por ir al cajero a recargarles el saldo a nuestros pequeños" [15-VIII-03]); *no hacer ni puto caso a alguien* 'ignorar, ningunear' ("tenemos el pensamiento en esos hijos que trajimos al mundo y que *no nos hacen ni puto caso*" [15-VIII-03]); *poner algo a huevo* 'facilitar' ("Dice mi santo que yo escribo de una manera que *pongo a huevo* que los lectores me pierdan el respeto [16-VIII-03]; *pasarse alguien tres pueblos* 'excederse' ("la gente te adora que da asco y por eso *se pasa tres pueblos*" [16-VIII-03]); *mandar a alguien a tomar por culo* 'rechazar o desentenderse' ("y en el ínterín, el honrado ciudadano, *a tomar por culo*"[23-VIII-03]); *salir alguien echando leches* `marcharse muy deprisa' ("el cielo se cerró de pronto bíblicamente y si no me salgo del agua *echando leches* me electrocuta un rayo que cayó en picao" [24-VIII-03]); *pegar un viaje a alguien* 'dar un golpe' ("yo compartía mis polos con Chiquitín y como es un ansioso un día *me pegó un viaje* a la mano y se zampó el palo" [25-VIII-03]); *tenerle ley a alguien* 'tenerle afecto o aprecio'("Yo a mi Paqui *la tengo ley*"[27-VIII-03]); *dar la brasa a alguien*, 'aburrir, importunar' ("Mira , cariño, haz el favor de no *darme la brasa*"[29-VIII-03]); *estar alguien hasta los huevos* 'estar harto' ("y también *estamos hasta los huevos*, hablando en plata" [30-VIII-03]).

Y todas estas palabras y expresiones, de registros coloquiales o vulgares, perfectamente adecuados a determinadas situaciones comunicativas —informales, por supuesto—, resultan, muchas veces, difíciles de localizar en los diccionarios: aquí las tenemos utilizadas con precisión en contextos suficientes de los que podemos extraer, como he hecho, sus sentidos habituales que facilitarán su descodificación o su codificación, si se presentase la ocasión.

Y ya que estamos hablando de locuciones o unidades léxicas pluriverbales, no quiero pasar sin citar una columna reciente de Manuel Rivas (2003) titulada "El discurso" en la que juega con los usos incorrectos —formal o semánticamente— de

expresiones muy conocidas, pues, con frecuencia, como saben, se utilizan con palabras trastocadas o cruzadas con otras expresiones parecidas. Estos son algunos párrafos:

> Antes de hablar, enfatizó el presidente, quiero decir unas palabras.
> Y lo que voy a decir es una verdad como un témpano. Hemos estado entre la espalda y la pared. Hemos ido de caspa caída. Hemos pasado de castaño a oscuro. Nos hemos visto metidos en más de un membrete. De mí se ha dicho que soy un higocéntrico. Pero, recordad, siempre insistí en que todo era patata minuta, que no había que confundir los churros con las merinas, ni agobiarse en un vaso de agua, ni hacer caso de las antenas paranoicas ni de la fiebre óptica. Yo siempre lo tuve herméticamente claro: Renaceremos de nuestras cenizas como el gato Félix, diga lo que diga el obstáculo de Delfos.

Trabajar un texto como éste puede ser muy útil y suscitará el interés de los alumnos por su gran efecto motivador.

Otro material de extraordinario interés lo constituye el género periodístico que he denominado "artículo de divulgación lingüístico". En el pasado congreso de esta Sociedad presenté una comunicación relacionada con este género periodístico en la que destacaba sus muchas posibilidades didácticas[4].

Pero, quizás, el mejor modelo lingüístico que ofrecen los medios es el de la columna diaria, que, en opinión de Gregorio Salvador, "se ha convertido en un estricto y esplendoroso género literario en el que muchos periodistas acaban confirmando su condición esencial de escritores" .

Encontramos columnas, reportajes o crónicas periodísticas de belleza comparable a la de reconocidos textos literarios, como, por ejemplo, la titulada "Utopía de Santa Cruz", de Antonio Muñoz Molina, del que es una buena muestra el siguiente fragmento:

> [...] Llega uno a la isla y nada más bajar del avión el aire tiene una tibieza marítima, y unas colinas ocres con una vegetación desigual de árboles y monte bajo, matizados ligeramente de bruma, le dan un presentimiento de África. Camina por la Rambla de Santa Cruz y percibe atisbos de La Habana y de Cádiz, y de la hermosa alameda de Málaga, pero es internarse en el parque y la sensación ya es casi de bosque amazónico, con esos árboles de troncos paquidérmicos y copas como basílicas vegetales en las que resuena una polifonía escandalosa de pájaros: no los pájaros comedidos de Europa, con sus trinos de solfeo doméstico, sino las aves desaforadas de las selvas de América, con sus gritos agudos y sus graznidos roncos que estremecen el aire, retumbando bajo las grandes bóvedas de hojas anchas y ramas entrelazadas.

[4] Vid. las Actas del XIII Congreso de ASELE, "El artículo de divulgación lingüístico: Motivación e interculturalidad" (si se consulta la versión en CD-ROM, advierto de que no se me respetaron –como aparece en el documento original-- las marcas de cita, como el sangrado, el tipo de letra y el interlineado, por lo que puede ser motivo de confusión la dificultad que tendrá el lector para diferenciar aquello que es texto citado).

Hay recreaciones de antiguas tradiciones y leyendas que expresadas de manera artística y bien condensadas, como requiere la brevedad del medio, dan lugar a excelentes piezas de un elevado contenido crítico y estético. Escuchen esta columna de Rosa Montero (2000) titulada "Palabras":

> Humboldt, el famoso naturalista alemán, viajó a Venezuela en 1799. Recorrió la cuenca del Amazonas y un día llegó a una remota zona de la selva en donde esperaba encontrar al pueblo de los Atures. En efecto, halló algo: chozas medio quemadas, aldeas destruidas, el reciente escenario de una matanza bárbara, porque los Atures habían sido atacados por los fieros Caribes. Todos estaban muertos, salvo un desconcertado loro de brillantes colores que, en mitad de las ruinas aún humeantes y del campo sembrado de despojos, farfullaba largos parlamentos incomprensibles. La criatura hablaba la lengua de los Atures, y ya no quedaba nadie sobre la Tierra que pudiera entender su insensata salmodia.
> Siempre me ha conmovido esta espectral historia. Que de toda la cultura y la memoria de un pueblo sólo se hubiera salvado un balbuceo de animal idiota; y que ya no hubiera nadie capaz de desentrañar las claves de ese inmenso tesoro, de ese lenguaje oculto en la lengua del loro. Es justamente eso lo que hace que este pequeño relato sea tan inquietante: simboliza la imposibilidad de entendimiento con el otro. Son palabras que no sirven para comunicarse, porque se ha perdido el código común.
> Hay otros casos de incomprensión parecidos a éste. El más espeluznante es el de Lucy, aquella pobrecita chimpancé que vivió sus primeros años con unos científicos con los que aprendió el lenguaje manual de los sordomudos, pero que luego acabó en un zoo, metida en una jaula; décadas más tarde, un visitante casual descubrió que los gestos frenéticos que aquella mona repetía una y otra vez entre los barrotes provenían de un lenguaje humano y eran una patética llamada de socorro: «Sacadme de aquí».
> Creo que uno de nuestros miedos más profundos y atávicos es ese terror a no entendernos. A que la palabra, que es lo que nos diferencia de los demás animales, se deslice hacia la confusión y las tinieblas: recordemos el mito de Babel. De ahí el desconsuelo que producen las palabras ensimismadas y vacías: las ciegas soflamas de ETA, la verborrea de Haider, los bramidos racistas de El Ejido. Las palabras que no tienen corazón y no comunican sólo pueden traernos regresión y locura.

En este otro caso la misma autora (Montero, 2001) rescata de su memoria un cuento de origen griego que, según refiere, le había contado un amigo suyo y que le pareció oportuno publicar cuando estaban a punto de celebrarse ciertas elecciones autonómicas Se titula "El barquito" y dice así:

> Érase una vez un pueblo remoto que padeció un invierno muy malo y tormentoso. Llovió tanto que la pequeña presa del valle se rompió y el pueblo comenzó a inundarse. El agua cubría ya los escalones de la iglesia cuando pasó un barquito: 'Padre Tobías, véngase con nosotros', dijeron los de la lancha al cura. 'No, hermanos, no hace falta; yo soy un hombre de Dios y he dedicado mi vida a Su Servicio. Estoy seguro de que Él no permitirá que me ahogue', respondió el sacerdote, que era un hombre conocido en todo el valle por el espesor berroqueño de su fe. El bote se fue y el agua siguió subiendo. Lamía ya los nidos de golondrina del alero y el sacerdote tuvo que sentarse sobre el tejado. Pasó otro barquito por delante: 'Padre Tobías, véngase con nosotros'. El cura volvió a negarse: 'No, hermanos, no hace falta, yo soy un hombre de Dios y Él no permitirá que me ahogue'. De modo que los visitantes se marcharon y la inundación siguió su curso. El agua iba por la mitad de la torre y el cura se había tenido que subir al campanario cuando apareció un tercer barquito: 'Mire que somos los últimos, padre. Será mejor que venga con nosotros', le exhortaron.

> Pero el sacerdote volvió a hacer profesión de fe en la providencia divina y se quedó. La lancha se alejó, el agua siguió subiendo y el cura se ahogó. Entonces el alma del sacerdote, mojada y enfurecida, acudió a todo correr a las puertas del Más Allá. Se saltó las largas colas de muertos recientes y se plantó delante del arcángel portero. '¡Vengo a reclamar, estoy indignado!', rugió el sacerdote: '¡Yo soy el padre Tobías, soy un hombre de Dios, estoy seguro de que Él no me ha abandonado y sin embargo me he ahogado, quiero saber quién es el responsable de este error!'. 'Permítame que consulte los libros', contestó el arcángel, que era una criatura impertérrita acostumbrada a furias *post mortem.* Y pasó hoja tras hoja del inmenso volumen hasta que encontró el nombre de Tobías: 'Ah, no, mire usted, aquí pone que le hemos enviado tres barquitos'.
> [...]

No sé cuántos de estos ejemplos podría proporcionar. Hoy, cada vez más, se empieza a tener conciencia de la conveniente vinculación, casi necesaria, entre periodismo y literatura. Los periodistas han aceptado la acertada recomendación de Gabriel García Márquez cuando dice que la mejor noticia no es siempre la que se da primero, sino, muchas veces, la que se da mejor. Muchos autores literarios han reconocido la idoneidad del periódico como canal de comunicación, y también han aceptado, no ya la recomendación, sino la exigencia de los lectores de recibir expresivamente condensados y temáticamente aderezados de interés los variados productos del genio creador.

Les aseguro que no resulta tan costoso localizar muestras que, como éstas, puedan ser elementos centrales de nuestras clases. Sólo acudiendo a la prensa de este pasado agosto, podríamos obtener una importante cantidad de material de gran valor didáctico. Sergi Pàmies observa esta riqueza de los medios de comunicación y hace la siguiente valoración que, por cierto, comparto:

> [...] Comentaré una selección de artículos que me han encantado y que he recortado para aprender o, en su caso, plagiar. Parece mentira el placer periodístico-literario que puede llegar a proporcionar un simple periódico [...]. Recorté el artículo sobre Pancho Villa de Héctor Aguilar Camín, escrito en un español preciso y subyugante. Y la serie de Tomás Eloy Martínez sobre Argentina, que te devuelve la condición de eterno alumno de tantas cosas sobre su mundo y uno de nuestros idiomas. Y el reportaje de Javier Cercas sobre Tijuana, paradigma del uso extravertido de la primera persona, escrito en una prosa eufórica testosterónica. Y las crónicas de Diego Torres sobre la gira asiática del Real Madrid, modelo para cualquiera que dude de que la información deportiva puede llegar a ser una de las bellas artes. [...] También me gustaría comentarles las muchas cosas buenas que se aprenden leyendo a Elvira Lindo, pero no puedo. Ella me pidió que la ignorase, y los deseos de una mujer son órdenes para mí (29-VIII-03)

El mismo Sergi Pàmies, publicó en el suplemento Revista de Agosto del diario *El País* una sección titulada “Español para extranjeros”, en la que se comentaban, con

cierto tono de ironía, algunas cuestiones lingüísticas y culturales de interés para los extranjeros que se aproximaban a nuestro idioma. La del viernes 29 de agosto, por ejemplo, está muy relacionada con cuanto estamos tratando, y denuncia, precisamente, la improvisación, por una parte, y la escasa atención que prestamos a los medios como recurso muchos de los que nos dedicamos a estos menesteres:

> Siempre que uno intenta aprender un idioma se produce la misma situación: un día, el profesor se las da de enrrollao y trae a clase un periódico en la lengua a estudiar para comentarlo con los alumnos.

Y prosigue con unas recomendaciones de cómo utilizar el periódico como pretexto para esta enseñanza.

Otros artículos constituyen advertencias, recomendaciones u observaciones dirigidas a quienes nos visitan y tienen, además, algún interés por nuestro idioma. Comentemos una muestra de esta serie:

a. En la primera entrega advierte al visitante que, antes que nada, decida a qué categoría de extranjeros pertenece, pues si se encuentra en la privilegiada clase del turismo de calidad "maldita la falta que le hace saber español" (cualquier indígena le hablará en imperfecto inglés); a ”los guiris a secas” se les recomienda manejar algunas nociones de español “aunque sólo sea para denunciar un robo, una propuesta de chantaje urbanístico o intentar orientarse en cualquiera de los bulliciosos barrios de nuestra geografía”. Si el extranjero no es turista, sino un inmigrante —ilegal o con papeles— la cosa cambia radicalmente. “Por razones que se me escapan —dice—, muchos españoles no suelen dirigirse a los inmigrantes en inglés y sí, en cambio, en un castellano de sargento chusquero, como si, de repente, les entrara un furor autoritario destinado a marcar territorio, carácter y, sobre todo, distancias. Cuanto más ilegal sea el inmigrante, más contundente tiene que ser el castellano, parecen pensar algunos. Con lo cual se produce la injusta paradoja de que quien menos posibilidades tiene de saber el idioma local es quien más dificultades encuentra para comunicarse” (1-VIII-03).

b. El saludo es un hábito en vías de extinción, observa en otro artículo. “Casi nadie dice ya «buenos días» o «buenas tardes». Lo que se lleva es emitir un gruñido a modo de escupitajo verbal que nos retrotrae a los felices tiempos primates, cuando no

arrastrábamos el lastre de la urbanidad. Existe, eso sí, una minoritaria tendencia *fashion* que, tanto para saludar como para despedirse, recurre por sistema a expresiones foráneas. Para saludar: *hello* (pronúnciese jelou). Para despedirse *ciao* (chao). En países de habla no hispana, en cambio, lo *fashion* es decir "buenos días" y "adiós". Y es que siempre deseamos lo que no tenemos" (2-VIII-03).

c. En el titulado "Pablito clavó un clavito" leemos: "Si un extranjero llega a España expresándose en un aceptable castellano, que se vaya preparando. Llegará un momento en el que, inevitablemente, un indígena envalentonado le retará a pronunciar en público un trabalenguas. Es verdad que, en su origen, el trabalenguas tiene cierta grandeza pedagógica [...]. Pero en manos de según quién, el trabalenguas se convierte en una novatada lingüística con la que se humilla a los que están aprendiendo un idioma [...]. La víctima del acoso logopédico no deberá tenérnoslo en cuenta. Así como el tricornio y la chapuza son productos típicamente españoles, los trabalenguas constituyen una epidemia universal [...] Cárguese de paciencia, pues, y prepárese para estas perrerías lingüísticas de fabricación casera. ¿Su utilidad? Matar el tedio y fastidiar al prójimo, supongo y, sobre todo, poner en evidencia a los que no saben repetirlas para, de este modo, hacernos sentir superiores" (6-VIII-03).

d. "El extranjero perspicaz apreciará que los verbos *ser* y *estar* son los más trabajadores del idioma español. Su fama de copulativos (característica que viene a ser el equivalente de la promiscuidad entre mamíferos) les precede. Si, en algunos momentos, a los indígenas ya les resulta complejo distinguir si son o están, es lógico que el hispanófilo diletante también dude. [...] En principio parece claro que *ser* es una actividad más esencial, mientras que *estar* depende de azares espacio-temporales. Es más: en ocasiones puede parecernos que estamos, pero estar, lo que se dice estar, no es que estemos mucho que digamos (ejemplo: España está en Europa, pero ¿es realmente europea?). La frase que mejor expresa esta dualidad conceptual es: "Ni están todos los que son, ni son todos los que están"[...] Por cierto: no sé cómo podrá traducirse al inglés, ya que, con un extraordinario sentido del pragmatismo, ellos decidieron que su *ser* y su *estar* estuvieran representados por un mismo todopoderoso verbo *to be*" (8-VIII-03).

e. Del artículo titulado "Español mediático" son los siguientes fragmentos: "Cualquier curso de idiomas que se precie confía en el soporte audiovisual para formar a los alumnos [...] Hace años que los expertos elogian esta fuente de conocimiento para la práctica de idiomas. Ellos sabrán por qué. Aviso: el español audiovisual tiene sus peculiaridades respecto al que se habla más allá de la pantalla. Los acentos, por ejemplo, se reparten de un modo muy curioso. Si alguien habla con un cerradísimo acento andaluz, la televisión interpreta que tiene que ser a la fuerza humorista. Las muletillas también sufren extrañas mutaciones: si el que sale en pantalla dice "mire usted" sin venir a cuento, seguro que es político (si sale diciendo "mire usted" con acento andaluz, es que se trata de un político-humorista). Otra característica del español mediático: la estridencia. Si la vida cotidiana en España ya es de por sí vocinglera, en televisión esta tendencia se multiplica." (18-VIII-03).

f. "Cuando un visitante supera sus complejos y, en un español de pena, se atreve a preguntarnos por un santuario, una pensión o una casa de citas, algunos intentamos ser amables", dice en el artículo titulado "Tarzán español". En primer lugar, hablamos lentamente, lo cual pretende facilitar a nuestro interlocutor la comprensión del mensaje. También vocalizamos exageradamente, supongo que por la misma razón. Lo que ya no resulta tan lógico es que elevemos el tono de voz como si las personas a las que nos dirigimos fueran, además de guiris o extranjeras, sordas. Para completar la comunicación verbal, recurrimos a un tipo de frases cortadas siempre por el mismo patrón: pronombre, verbo en infinitivo y, si se tercia, complemento directo. Hay otra variante: pronombre y complemento directo, sin verbo de por medio. Ejemplos: "Usted pagar cuenta" o "Tú, gilipollas". No me consta que estas formas de expresión correspondan a ningún dialecto peninsular ni que se enseñen en las academias, ni siquiera en las peores del ramo. Sospecho, pues, que se trata de un fenomeno que podríamos denominar Síndrome Tarzán, aunque también afectaba al doblaje de los diálogos entre hombres blancos y pieles rojas de las películas de indios de nuestra infancia" (23-VIII-03).

5. FINAL

Estoy seguro de que Sergi Pàmies exagera. Mas, valgan estas hipérboles humorísticas si han de servir para despertar el interés del lector y del estudiante, si conseguimos hacerlos cómplices de nuestro proyecto docente, contagiándoles nuestro entusiasmo. Quizás sea éste el mensaje principal que deseo trasladarles con esta intervención: difícilmente puede conseguirse algo de lo que uno mismo no está convencido. "Si quieres hacerme llorar —dice el precepto horaciano— primero haz de dolerte tú mismo".

Está claro —y así espero haberlo demostrado— que en la prensa, desde la perspectiva de los recursos que hemos de utilizar en nuestras clases, volviendo a la frase que mejor expresa la dualidad conceptual entre *ser* y *estar*, según Pàmies, no es útil todo lo que está ni está todo lo que es. Hay que saber discriminar y no dejarse deslumbrar por su enorme poder, pero también debemos ser sensatos y realistas, y no por seguir discutibles y anacrónicos planteamientos puristas o casticistas desaprovechemos las extraordinarias posibilidades que los medios nos ofrecen.

BIBLIOGRAFÍA

Alvar Ezquerra, M. (1998). "Palabras nuevas en los periódicos de hoy", en A. Álvarez Tejedor [coord.], *La lengua española a finales del milenio*, Burgos, Caja de Burgos, págs. 13-44.

Ávila, R. (s.f.). "Los medios y su espacio", en *II Congreso Internacional de la Lengua Española* celebrado en Valladolid. Tomado de la página web del Centro Virtual Cervantes.

Bouton, Ch. (1982). *La lingüística aplicada*. México: Fondo de Cultura Económica.

García Yebra, V. (2003). *El buen uso de la palabras*. Madrid: Gredos.

Grijelmo, A. (2002). "Un diccionario más rico y más pobre", en *El País*, miércoles 1 de mayo.

Lara, L.F. (1997), *Teoría del diccionario monolingüe*, México: El Colegio de México.

Lázaro, F. (1992). "Sobre la autoridad y el poder de la Academia", en *Cuenta y Razón*, febrero, págs. 13-17.

Márquez Rodríguez, A. (2001). "Gazapos", en *El Nacional* (Venezuela), 1 de agosto.

Montero, R. (2000). "Palabras", en *El País*, 8 de febrero.

Montero, R. (2001). "El barquito", en *El País*, 8 de marzo.

Muñoz Molina (s.f.). "Utopía de Santa Cruz", en *El País Semanal.*

Ramonet, I. (2002). *La tiranía de la comunicación*. Barcelona: Debate.

Rivas, M. (2003). "El discurso", en *El País*, 19 de agosto.

Salvador, G.(1999). "Nuestra lengua escrita de cada día", en *ABC*, 8 de octubre.

Seco, M. (2000). "Entrevista a Manuel Seco Reymundo" realizada por Carlos J. Rodríguez, en *Espéculo* (Revista Digital Cuatrimestral), nº 14, marzo-junio.

Vicent, M. (1998). "El idioma", en *El País*, 15 de noviembre.

Vinay, J.-P. (1976). "Enseñanza y aprendizaje de una segunda lengua", en VV.AA., *El lenguaje y los grupos humanos*. Buenos Aires: Debate, págs. 117-156.

DICCIONARIOS
DEA = *Diccionario del español actual* (1999), 2 vols., Madrid, Aguilar. (Dirigido por M. Seco).
DUE-1ª = *Diccionario de uso del español* (1966-67), Madrid, Gredos. (María Moliner).
DUE-2ª = *Diccionario de uso del español* (1998), 2ª ed., Madrid, Gredos. (María Moliner).
Diccionario de Autoridades (1726), Edición facsímil (1984, Tomo I), Madrid, Gredos.
Diccionario de voces de uso actual (1994), Madrid, Arco/Libros (Dirigido por M. Alvar Ezquerra).
Nuevo diccionario de anglicismos (1997), Madrid, Gredos. (Dirigido por F. Rodríguez González).